

Domingo de Ramos

Procesión:

- **Mt 21, 1-11.** Bendito el que viene en nombre del Señor.

Misa:

- **Is 50, 4-7.** No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado.
- **Sal 21. R.** Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
- **Flp 2, 6-11.** Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo.
- **Mt 26, 14-27, 66.** Pasión de nuestro Señor Jesucristo.

1. ¿Qué dice la Palabra?

Durante el Domingo de Ramos, la Iglesia nos presenta los textos de la Pasión del Señor. Después de la entrada solemne en Jerusalén, continuando los textos bíblicos, vemos que Jesús entró para dar su vida en rescate por la nuestra.

En la primera parte que está en el Capítulo 26, vemos la traición de Judas. Aquí un dato interesante es que en el texto el verbo “entregar” está cinco veces expuesta, pero en dos contextos diferentes: por un lado vemos a Judas, “entregando” al Señor en manos de sus verdugos. Pero por otro lado, vemos a Jesús que se “entrega” a sí mismo, para cumplir la voluntad del Padre. Es en la cena pascual, donde Jesús anuncia que uno lo va a “entregar” y todos preguntan “Señor, seré yo?” salvo Judas, que en vez de decirle Señor se dirige a él y le dice “seré yo, Maestro”. Pues Judas, ya no reconoce a Jesús como el Señor. Judas luego se ahorcó, pues si bien su traición fue gravísima, también lo fueron las negaciones de Pedro. Pero Pedro pudo arrepentirse y fue perdonado, Judas no creyó en el perdón, él se juzgó a sí mismo y prefirió pagar orgullosamente su pecado. Fue incapaz de dejarse amar por Dios.

Mateo narra con detalle el injusto momento de acusación a Jesús. Pilato finalmente se lava las manos y lo entrega para que lo crucifiquen. Otra vez está el verbo entregar... y lo llevan al lugar llamado Gólgota (que significa de la Calavera). En ese pequeño cerro, en las afueras de Jerusalén, la tradición judía tenía un pequeño lugar, en el que veneraban la tumba de Adán, o su cráneo. Adán, es la representación de toda la humanidad, y su pecado, es el pecado de todo el género humano. No significa que fuera la tumba real, sino la representación memorial, en aquel lugar, del destino de la humanidad caída. Representaba a todos los que en Adán han muerto y morirán. Justo arriba, estaba la cruz de Jesús. En el credo recitamos que Jesús descendió a los infiernos. Esto significa a las profundidades, ¿A dónde fue Jesús? Justamente abajo, a la tumba que representaba toda la humanidad en la que la muerte había triunfado antes, para redimirla.

Pasando al momento de la crucifixión de Jesús, tan conocida, tomemos esta idea fundamental: Cristo reina desde el trono de su cruz. La sentencia de

muerte era esa: Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Jesús vino a reinar, pero no como los reyes poderosos que vinieron a sentarse en tronos, y dictaminar leyes muy duras. Como dijo el Papa Francisco, en su primera Eucaristía, si predicamos a un Cristo sin cruz, nuestra prédica es la de una ONG y no de la Iglesia Cristiana. Muchas cosas podemos decir del momento de la Pasión, pero una es la más importante: Jesús se entregó a sí mismo, para rescatarnos a nosotros. Y nos dio ejemplo con su propio sacrificio.

2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

Para nuestra Meditación, recordamos que no existe un cristianismo sin cruz, un cristianismo que sólo se quede en momentos sentimentales. Recordar el momento de la pasión y muerte del Señor, es también la centralidad de nuestra fe. Vida, Pasión, Muerte y Resurrección de Jesús, conformarán la noticia esperada. Pero no podemos quitar nada a este anuncio para que sea completo y para que sea salvífico.

Hagámonos unas preguntas para profundizar más en esta Palabra de Salvación:

- ¿Con cuáles personajes me identifico más de esta narración y porqué?
- ¿Soy consciente que Cristo sin su cruz, no tendría el sentido completo en mi vida?
- ¿Qué significa abrazar la cruz de Cristo en mi propia vida?
- ¿Acepto las ofensas y humillaciones que pueden sucederme?
- ¿Me glorío de Cristo Crucificado?
- ¿Cómo dejo a Cristo reinar en mi vida?

3. ¿Qué le decimos a Dios?

Hoy usamos algunos párrafos del salmo 22 para orar: ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?, ¿por qué estás ajeno a mi grito, al rugido de mis palabras? Dios mío, te llamo de día y no respondes, de noche y no hallo descanso (...). En ti confiaban nuestros padres, confiaban y los ponías a salvo; a ti clamaban y quedaban libres, en ti confiaban y no los defraudaste. Pero yo soy un gusano, no un hombre: vergüenza de la humanidad, asco del pueblo; al verme se burlan de mí, hacen muecas, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo, que lo libre si tanto lo ama» (...). Pero tú, Señor, no te quedes lejos, Fuerza mía, ven pronto a socorrerme. Amén.

4. La voz del Papa

Homilía 5/4/2020

Jesús «se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo» (Flp 2,7). Con estas palabras del apóstol Pablo, dejémosnos introducir en los días santos, donde la Palabra de Dios, como un estribillo, nos muestra a Jesús como siervo: el siervo que lava los pies a los discípulos el Jueves santo; el siervo que sufre y que triunfa el Viernes santo (cf. Is 52,13); y mañana, Isaías profetiza sobre Él: «Mirad a mi Siervo, a quien sostengo» (Is 42,1). Dios nos salvó sirviéndonos. Normalmente pensamos que somos nosotros los que servimos a Dios. No, es Él quien nos sirvió gratuitamente, porque nos amó primero. Es difícil amar sin ser amados, y es aún más difícil servir si no dejamos que Dios nos sirva.

Pero, una pregunta: ¿Cómo nos sirvió el Señor? Dando su vida por nosotros. Él nos ama, puesto que pagó por nosotros un gran precio. Santa Ángela de Foligno aseguró haber escuchado de Jesús estas palabras: «No te he amado en broma». Su amor lo llevó a sacrificarse por nosotros, a cargar sobre sí todo nuestro mal. Esto nos deja con la boca abierta: Dios nos salvó dejando que nuestro mal se ensañase con Él. Sin defenderse, sólo con la humildad, la paciencia y la obediencia del siervo, simplemente con la fuerza del amor. Y el Padre sostuvo el servicio de Jesús, no destruyó el mal que se abatía sobre Él, sino que lo sostuvo en su sufrimiento, para que sólo el bien venciera nuestro mal, para que fuese superado completamente por el amor. Hasta el final.

El Señor nos sirvió hasta el punto de experimentar las situaciones más dolorosas de quien ama: la traición y el abandono.

La traición. Jesús sufrió la traición del discípulo que lo vendió y del discípulo que lo negó. Fue traicionado por la gente que lo aclamaba y que después gritó: «Sea crucificado» (Mt 27,22). Fue traicionado por la institución religiosa que lo condenó injustamente y por la institución política que se lavó las manos. Pensemos en las traiciones pequeñas o grandes que hemos sufrido en la vida. Es terrible cuando se descubre que la confianza depositada ha sido defraudada. Nace tal desilusión en lo profundo del corazón que parece que la vida ya no tuviera sentido. Esto sucede porque nacimos para amar y ser amados, y lo más doloroso es la traición de quién nos prometió ser fiel y estar a nuestro lado. No podemos ni siquiera imaginar cuán doloroso haya sido para Dios, que es amor.

Examinémonos interiormente. Si somos sinceros con nosotros mismos, nos daremos cuenta de nuestra infidelidad. Cuánta falsedad, hipocresía y doblez. Cuántas buenas intenciones traicionadas. Cuántas promesas no mantenidas. Cuántos propósitos desvanecidos. El Señor conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, sabe que somos muy débiles e inconstantes, que caemos muchas veces, que nos cuesta levantarnos de nuevo y que nos resulta muy difícil curar ciertas heridas. ¿Y qué hizo para venir a nuestro encuentro, para servirnos? Lo que había dicho por medio del profeta: «Curaré su deslealtad, los amaré generosamente» (Os 14,5). Nos curó cargando sobre sí nuestra infidelidad, borrando nuestra traición. Para que nosotros, en vez de desanimarnos por el miedo al fracaso, seamos capaces de levantar la mirada hacia el Crucificado, recibir su abrazo y decir: “Mira, mi infidelidad está ahí, Tú la cargaste, Jesús. Me abres tus brazos, me sirves con tu amor, continúas sosteniéndome... Por eso, sígo adelante!”.

El abandono. En el Evangelio de hoy, Jesús en la cruz dice una frase, sólo una: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mt 27,46). Es una frase dura. Jesús sufrió el abandono de los suyos, que habían huido. Pero le quedaba el Padre. Ahora, en el abismo de la soledad, por primera vez lo llama con el nombre genérico de “Dios”. Y le grita «con voz potente» el “¿por qué?”, el por qué más lacerante: “¿Por qué, también Tú, me has abandonado?”. En realidad, son las palabras de un salmo (cf. 22,2) que nos dicen que Jesús llevó a la oración incluso la desolación extrema, pero el hecho es que en verdad la experimentó. Comprobó el abandono más grande, que los Evangelios testimonian recogiendo sus palabras originales.

¿Y todo esto para qué? Una vez más por nosotros, para servirnos. Para que cuando nos sintamos entre la espada y la pared, cuando nos encontremos en un callejón sin salida, sin luz y sin escapatoria, cuando parezca que ni siquiera Dios responde, recordemos que no estamos solos. Jesús experimentó el abandono total, la situación más ajena a Él, para ser solidario con nosotros en todo. Lo hizo por mí, por ti, por todos nosotros, lo ha hecho para decirnos: “No temas, no estás solo. Experimenté toda tu desolación para estar siempre a tu lado”. He aquí hasta dónde Jesús fue capaz de servirnos: descendiendo hasta el abismo de nuestros sufrimientos más atroces, hasta la traición y el abandono. Hoy, en el drama de la pandemia, ante tantas certezas que se desmoronan, frente a tantas expectativas traicionadas, con el sentimiento de abandono que nos oprime el corazón, Jesús nos dice a

cada uno: “Ánimo, abre el corazón a mi amor. Sentirás el consuelo de Dios, que te sostiene”.

Queridos hermanos y hermanas: ¿Qué podemos hacer ante Dios que nos sirvió hasta experimentar la traición y el abandono? Podemos no traicionar aquello para lo que hemos sido creados, no abandonar lo que de verdad importa. Estamos en el mundo para amarlo a Él y a los demás. El resto pasa, el amor permanece. El drama que estamos atravesando en este tiempo nos obliga a tomar en serio lo que cuenta, a no perdernos en cosas insignificantes, a redescubrir que la vida no sirve, si no se sirve. Porque la vida se mide desde el amor. De este modo, en casa, en estos días santos pongámonos ante el Crucificado —mirad, mirad al Crucificado—, que es la medida del amor que Dios nos tiene. Y, ante Dios que nos sirve hasta dar la vida, pidamos, mirando al Crucificado, la gracia de vivir para servir. Procuremos contactar al que sufre, al que está solo y necesitado. No pensemos tanto en lo que nos falta, sino en el bien que podemos hacer.

Mirad a mi Siervo, a quien sostengo. El Padre, que sostuvo a Jesús en la Pasión, también a nosotros nos anima en el servicio. Es cierto que puede costarnos amar, rezar, perdonar, cuidar a los demás, tanto en la familia como en la sociedad; puede parecer un vía crucis. Pero el camino del servicio es el que triunfa, el que nos salvó y nos salva, nos salva la vida. Quisiera decirlo de modo particular a los jóvenes, en esta Jornada que desde hace 35 años está dedicada a ellos. Queridos amigos: Mirad a los verdaderos héroes que salen a la luz en estos días. No son los que tienen fama, dinero y éxito, sino son los que se dan a sí mismos para servir a los demás. Sentíos llamados a jugaros la vida. No tengáis miedo de gastarla por Dios y por los demás: ¡La ganaréis! Porque la vida es un don que se recibe entregándose. Y porque la alegría más grande es decir, sin condiciones, sí al amor. Es decir, sin condiciones, sí al amor, como hizo Jesús por nosotros.